

El siglo XIX huele a pólvora. Se inicia con las guerras de Napoleón. Se remueven los Balcanes. Se rebela Polonia. Italia se «nacionaliza». Luchan entre sí los estados norteamericanos. Prusia contra Dinamarca, contra Austria, contra Francia. Sedán. Inglaterra aplasta a los boers, bombardea Alejandría.

Guerra de Crimea. La América Hispana hierve y se independiza. En España hay un «pronunciamiento» tras cada corrida de toros. El «América para los americanos», se convierte en: «El Mundo para los norteamericanos. Adiós a Cuba y a Filipinas.

Tras el Congreso de Viena, sobrevivieron muchos principios de la Revolución Francesa; fué uno de ellos la adhesión a las Constituciones escritas. El pueblo vió en ellas su tabla de salvación y las exigió, porque además los monarcas se las habían prometido en sus luchas con Napoleón. Al faltar después a su palabra, las masas se exasperan y se lanzan otra vez a las barricadas; barricadas que tendrán su culmina-

ción en las humeantes de 1848.

La política del siglo XIX está asentada sobre dos factores: democracia constitucional y nacionalidades.

Los grupos liberales eran partidarios de constituciones escritas, derechos individuales y asambleas deliberantes, pero la anarquía de la República Francesa sirvió de aviso, buscándose entonces a todo trance una fórmula de compromiso entre la monarquía y el pueblo. Esta fórmula la representan las constituciones, que vienen a significar una respuesta a las demandas del pueblo y una garantía de los poderes frente al pueblo revolucionario.

Todo el tira y afloja se produce en torno al concepto de soberanía, pues el rey pretende conservarla, sobre todo la legislativa.

El grupo de teóricos conocidos por «doctrinarios», trata de salvar el conflicto, estimando que la soberanía está por encima de las titularidades humanas, la soberanía rinde en la razón, y ni el rey ni el pueblo tienen por sí solos

autoridad soberana. Es el grupo de Guirot, Consin y Benjamín Constant; sin embargo a partir de 1848, el dogma de la soberanía popular rompe el equilibrio.

Contra ellas surgen teorías antidemocráticas, considerándose a la democracia violenta en su ejercicio, vinculada a pequeños estados, anárquica y efímera.

Se estimó como una excepción el gobierno directo y popular, vinculándose la democracia normal en el tipo de la república representativa, extendiéndose poco a poco.

Se produce una enorme exposición industrial, aumentan el capital y la concentración del mismo. Surgen las primeras organizaciones de trabajadores, que cada vez se distancian más de las del capital, ante la inhibición del Estado.

A mediados del siglo, en Europa resonó este grito de un judío; «proletarios del mundo: uníos», y a mediados del siglo, un filósofo español, Donoso Cortés, señaló el peligro del comunismo. La historia se repite.

JUAN DE MIGUEL

POESIA

A LA INGLESA

*Ingrata Reina, de tal nombre indina;
maldita Jesabel descomulgada,
¿qué turbas la divina paz armada?
¿qué turbas la cristiana paz divina?*

*Tu soberbia cerviz al yugo inclina
de nuestra Santa Madre regalada;
mira que fuiste en ella bautizada,
piensa, cuitada, en tu total ruína.*

*No muevas más escándolos, retira
el alma triste del furor que tiene
a la razón cristiana en tal afrenta.*

*Vuelve en tí, miserable, advierte, mira
que aunque el haber escándalos conviene,
¡ay de aquél que los mueve y los sustenta!*

Cristóbal de Virués. Siglo XVI.

A la Batalla de Lepanto

*De la pólvora el humo sube al cielo,
busca el fuego su esfera, y entre tanto
mira Neptuno con terror y espanto
teñido en sangre su cerúleo velo;
al centro profundísimo del suelo
bajan mil almas con eterno llanto
a contar la batalla de Lepanto,
y otras vuelan al reino del consuelo;
cuando de Carlos el valiente hijo,
español escipión, César triunfante,
levantando en sus hechos su memoria:
«¡Virgen Señora del Rosario, dijo,
venced nuestro enemigo!», y al instante
se oyó por los cristianos la victoria.*

Doña Cristobalina de Alarcón. Siglo XVI

«Deseo»

*¿Sabes tú por qué te miro?
¿Me llegas a comprender?
La expresión de una mirada
es muy fácil entender
y entenderás en mis ojos
que sin quererte ofender,
te besan y son dichosos
con sólo llegarte a ver.*

*No olvides que soy feliz
con sólo verte un momento.
Apago así ese tormento
que sufro durante el día
esperando esa alegría
que no me puede faltar...*

*¡Te he puesto ya en el altar
de la sublime ambición
de llegarte a venerar
y aunque sé que nada espero,
mi corazón va a sangrar
porque viviendo...me muero
si no te puedo mirar...!*

V. CANDELAS

Alcázar, 30 4 - 1954